

Volver para qué
Crónica sobre el desarraigo



Daniel Rivera Marín

Volver para qué
Crónica sobre el desarraigo

Beca de Creación Literaria en Periodismo narrativo
Alcaldía de Medellín, 2013



Rivera Marín, Daniel

Volver para qué. Crónica sobre el desarraigo / Daniel Rivera Marín.
-- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, Alcaldía de Medellín. Secretaría de Cultura Ciudadana, 2014.

138 p.; 22 cm. (Colección Testigos).

ISBN 978-958-720-225-0

1. Crónicas colombianas. 2. Desplazados por la violencia – Antioquia (Colombia). I. Tít. II. Serie

070.44 cd 21 ed.

R621

Universidad EAFIT-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

VOLVER PARA QUÉ

Crónica sobre el desarraigo

Primera edición: agosto de 2014

© Daniel Rivera Marín

© Alcaldía de Medellín-Secretaría de Cultura Ciudadana

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A No.10 Sur-107

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

e-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-225-0

Fotografías de carátula y cuadernillo: Julio César Herrera

*El presente libro se publica gracias al apoyo de la
Secretaría de Cultura Ciudadana del Municipio de Medellín*

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los editores

Editado en Medellín, Colombia

*A Sandra y Federico,
a quienes vuelvo, alegre*

*A Berardo y María, mis padres,
que saben del amor y lo difícil*

*A Dios, que llena de clamor
la boca de los desesperados*



*He cerrado tantas maletas en mi vida,
me he pasado tantas horas haciendo
equipajes que no llevaban a ninguna
parte, que el jueves fue un día lleno
de sombras y correas, porque cuando
yo veo las correas de las valijas es como
si viera sombras, elementos de un látigo
que me azota indirectamente, de la
manera más sutil y más horrible*

Julio Cortázar, "Carta a una señorita en París"

*La magia ya se ha perdido
quién la pudiera encender
ni la tierra ya es de tierra
entonces a qué volver*

Los Chalchaleros, "A qué volver"

*No hay fin de hacer muchos libros;
y el mucho estudio es fatiga de la carne*

Eclesiastés 12: 12



I

Debajo de las camas, en las casas de mi niñez —que fueron tantas, todas de arriendo—, siempre había un nudo de maletas. La más grande contenía al resto. Y era un terror verlas por ahí, sobre todo una de cuero café que mi madre aún conserva, porque así me enteraba de un nuevo viaje. A veces se trataba solo de visitas a familiares: a Manizales, a Armenia, a Pereira, a Belén de Umbría, a Medellín. Otras veces era una despedida definitiva, al menos eso creía. Pasamos de ciudad en ciudad, buscando futuro, buscando empleo, vivos de puro milagro, como tantos.

Los viajes: el tiempo perdido del camino, la luz de la llegada. Las filas en las terminales, el olor del vómito de los niños, el calor, las películas de sangre muy viva en casi todo el trayecto, la comida siempre papas, arroz y pollo, ese olor tan particular de los buses viejos, entre motor caliente y embrague quemado.

Y así, aquí estoy —con Julio César Herrera, el fotógrafo de tantos destinos—, con otra maleta llena, listo para seguir vagando, en la Terminal del Norte de Medellín, este vientre fértil que expulsa viajeros cada segundo y sin reparo. Dicen aquí, en estas oficinas, que al año son veinte millones de peregrinos los que

pasan, que entran y salen, algunos con una visión muy definida de ese futuro que viene con el bus, otros no. Por día –esto es la asfixia– son treinta mil hombres, mujeres, niños que reciben el tiquete, que llevan su maleta, que entran a los baños, que se gastan más de doscientos rollos de papel higiénico, que compran la gaseosa, la empanada. La modernidad viene siendo eso, no pertenecer a ningún sitio, ser de todas partes.

Son las 6:30 de la mañana y llegan hombres de todos los tamaños, ojos de sueño, y sus mujeres envueltas en cobijas ecuatorianas de muchos colores, unas cargan a sus niñitos bien sudados de ojos vivaces que no sintieron del todo el viaje de la noche. Mientras tanto, una mujer rubia de mentiras, senos enormes imposibles, pregunta por su tiquete en la taquilla de buses que van para el Oriente antioqueño, pelea y no se entiende muy bien por qué. El bus que nos llevará a San Luis sale a las ocho y por el momento hay que esperar.

Del Oriente de Antioquia, esa zona de dolores, entre 1997 y 2010, salieron 175.454 desplazados por el conflicto armado colombiano, y esta terminal recibió a unos miles. Campesinos que de tanto aguantar se reventaron y dejaron todo atrás. Región salpicada de sangre donde las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) tuvieron soberanía hasta la llegada del bloque Metro de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio (ACMM).

Fue un huracán lo que pasó por el Oriente, por esos veintitrés municipios –Carmen de Viboral, El Re-

tiro, Santuario, Guarne, La Ceja, La Unión, Marinilla, Rionegro, San Vicente, Alejandría, Concepción, El Peñol, Granada, Guatapé, San Carlos, San Rafael, Sonsón, Nariño, Argelia, Abejorral, Cocorná, San Francisco, San Luis–, fue un huracán de silencio que pocos vieron y dejó tantos damnificados que ninguna mano reparadora los alcanzó –no los va a alcanzar.

Hoy –lo pregonan desde las alcaldías, desde el Gobierno nacional–, la región se recupera de a poco; terca, intenta volver a lo que fue. Dicen que, desde 2007, a sus tierras ha regresado el sesenta por ciento de la población.

¿Volver?

¿Volver para qué?

Se pensará que lo que decía de la soberanía de las guerrillas es un exceso, y no. Una prueba, para la muestra: el 9 de agosto de 1999 el periódico *El Colombiano*, de Medellín, publicó una noticia que tituló “Policía salió de seis poblaciones de Antioquia”. Allí se dijo: “Para cumplir con una medida de seguridad impartida por la Dirección Nacional de la Policía con el fin de evitar ataques de la guerrilla, desde el pasado sábado se inició el retiro de los uniformados adscritos a seis comandos de la institución en Antioquia”. Entre esos seis municipios estaba San Carlos, donde desde el mismo 7 de agosto –sábado, después de que salió la fuerza pública– los guerrilleros comenzaron a patrullar por el pueblo, reunieron a los ciudadanos en el parque central y les dijeron que de ahora en adelante la guerrilla iba a estar a cargo de todo; serían la justicia, la seguridad, todo. Para excedernos –y no–, el

Estado. Eso a solo tres horas de Medellín. El abandono tan cercano, tan insospechado.

Esto, las medidas desesperadas del Gobierno por bajarle fuego y sangre a una guerra que cada vez cobraba más vidas, dejó a la población indefensa en medio del horror. Entonces a los pueblos llegaron las guerrillas y los paramilitares a reclutar menores, a violar señoritas, a intimidar ancianos, y el éxodo empezó; en junio de 2014 un informe de las Naciones Unidas reveló que en Colombia hubo —hay— más de cinco millones de desplazados, el segundo país en el ranking mundial luego de Siria. Muchas de esas cinco millones de personas no han parado, han seguido el camino, buscan lo que otros les quitaron: la casa, la tierra, los hijos, los padres, el sosiego, el futuro —el futuro—: la vida.

Eso busco, las historias de los que regresaron. De los olvidados del mundo. De los que de tanto caminar no tuvieron otro rumbo que el pasado, reconstruirlo antes de que se hundiera, definitivo, en la muerte.

Colombia —pienso ahora, mientras espero que sean las ocho para salir de aquí— se ha dividido en dos realidades: por un lado están los que han visto la guerra desde las pantallas, desde los periódicos, desde el sillón, los que nunca entendieron —entendimos— por qué todo se desmorona, y entonces los que pudieron huyeron a España, a Miami, a México, a cualquier parte lejos de la barbarie; y están también los que nunca vieron, los que no se dieron cuenta. Y en la otra orilla, los que tuvieron que dejarlo todo. En silencio llegaron a los semáforos de Bogotá, de Medellín, de Cali, de Barranquilla y, ahogados en el pavimento duro de

la ciudad, intentaron sobrevivir. Papá, mamá y un par de niños pidiendo dinero, aguantando el dedo acusador: guerrilleros, ladrones, terroristas, mantenidos, descarados, mentirosos, culpables, milicianos, desplazados... desplazados... desplazados... Qué palabra extraña. ¿De dónde apareció? Entre 1998 y 2006, parados en un semáforo, un cartelito de letra irregular que pedía misericordia: “Somos desplazados de San Carlos –el nombre del pueblo variaba–, ayuda, por favor”. Y luego, por la noche, la vida en una pocilga. La finca, el café, las papas, el plátano, la aguapanela, todo atrás por esto, por huir del terror.

La estrategia de las guerrillas en el Oriente antioqueño fue actuar como un puño cerrado. Formaron un solo bloque entre los frentes noveno, el 47, el Jacobo Arenas de las FARC, y el Carlos Alirio Buitrago del ELN; contaban con cerca de tres mil hombres. La fuerza subversiva era tan descomunal que en Nariño, uno de los municipios más alejados del Oriente, las FARC se tomaron el pueblo después de un combate de horas e hicieron parada militar en el parque, donde cantaron su himno y el de Colombia, todo eso al comando de Elda Neyis Mosquera, conocida en la guerra con el alias de Karina, una mujer del Urabá antioqueño que entró a la guerrilla a los dieciséis años y que en mayo de 2008 se desmovilizó después de comandar el frente 47. Por esa época, las autoridades anunciaron que el frente Carlos Alirio Buitrago era el grupo que más secuestraba en todo el país, así que la vía Medellín-Bogotá,

por cuenta de los retenes que se llamaron comúnmente pescas milagrosas, se cerró todas las noches durante dos años. El atractivo del Oriente para los grupos armados consistía en que desde esa región había comunicación directa con cuatro departamentos: Caldas, Boyacá, Cundinamarca y Santander. Además de los cultivos ilícitos que sembraban en las zonas boscosas.

Con el asedio de las guerrillas, con las extorsiones a los empresarios, a los ganaderos que tenían que pagar la mensualidad para que no les mataran las reses o no les secuestraran a sus hijos, los paramilitares entraron en el juego de la guerra. En el Oriente tuvieron incursión las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio comandadas por un exjornalero que se volvió experto en descuartizamientos, Ramón Isaza; el Bloque Metro de las Autodefensas Unidas de Colombia, lideradas por el exmilitar Rodrigo García conocido como Doblezero, y el bloque Cacique Nutibara liderado por el exsicario Diego Fernando Murillo, alias Don Berna.

Las tácticas para entrar en la región fueron pavorosas. La llegada de los paramilitares al Oriente antioqueño quedó señalada con la masacre cometida en la vereda La Holanda, de San Carlos, donde fueron asesinadas trece personas. Así entraron. Alguna vez una mujer me contó, aún horrorizada, después de diez años, cómo vio que a su comadre los paramilitares la empalaban y le quitaban la piel de la cara mientras se desmadejaba del dolor; después la degollaron. Las tácticas del terror además de pavorosas eran estúpidas: anunciaban con panfletos, para que la guerrilla se enterara, que si dinamitaban una torre de ener-

gía matarían a diez campesinos. Y la paradoja: nadie se enteró, las autoridades nunca escucharon; solo lo hicieron años después, cuando el daño era hondo.

Un hombre de más o menos un metro con sesenta centímetros, cara redonda, bigotico a lo Cantinflas, un uniforme mal llevado de corbata abierta y camisa por fuera, anuncia que hay que subir al carro que viaja a San Luis: un pequeño microbús de ventanas chicas que no se termina de llenar. Solo vamos cinco hombres y una pareja: una mujer regordeta, carnes por fuera, que besa incesantemente a un muchachito menor que ella.

Salir de Medellín es como dejar atrás el caos. La ciudad que se ha vendido al mundo como la innovación hecha metrópoli, que pasó de ser el lugar más peligroso del planeta a ser la villa de la educación, de la buena vida, de los turistas. Y sin embargo Medellín es lo mismo, solo que de manera más callada. Ya los narcotraficantes no inflan el pecho ni se enfrentan al Estado, solo se escabullen, se deslizan por debajo de la cuerda para obtener sus réditos inmensos, y detrás de ellos los sicarios, los *combos* que son la ley en los barrios. Y por eso en los barrios truenan por las noches las balas de los fusiles.

La autopista Medellín-Bogotá, que cruza parte del Oriente antioqueño, está poblada de restaurantes en los que cuelgan chorizos ahumados y se venden arepas de chócolo con quesito, pandequesos, aguapanelas

y chocolates calientes. El bus serpentea y sube más gente cada tanto, algunos se van de pie y se bambolean como frutos azotados por el viento. Los campesinos conocen muy bien los municipios del Oriente y los recorren cazando cosechas, buscando trabajo en fincas que por temporada necesitan jornaleros que abonen cultivos y recojan el fruto. A algunos les pagan por tarea, a otros por lo que recogen, así que empiezan muy temprano y terminan muy tarde.

Es común ver en esta vía campesinos que pasan con una mulada cargada de pasto, de costales llenos de café, de caña. En esta región, según la altura, se cultivan fríjoles, maíz, papa, fresa, mora, plátano, yuca, caña, y en todas partes hay vacas lecheras y marranos. En los 7.021 km² que tiene el Oriente viven 529.977 personas, de ellas 287.234 habitan en las cabeceras y 242.743 en las zonas rurales. El 39% de la población vive en condiciones de pobreza y un 20% en la miseria. Solo el 41,1% tiene servicio de agua potable, el 57,5% accede a la telefonía, el 62,7% a un buen servicio de acueducto y el 96% cuenta con cobertura energética, lo que pareciera apenas lógico si se tiene en cuenta que los principales embalses y centrales hidroeléctricas del departamento están en la zona generando el 29% de la energía nacional y el 73% de la que necesita Antioquia, que es enorme: 125 municipios.

Y donde hay tanta riqueza, justo ahora por donde pasamos, la gente está al margen, aran tierra con lágrimas, son acosados por los ejércitos, vagan sin rumbo. De paso por la avenida son evidentes las casas abandonadas, pero no es fácil advertir el desarraigo,

las luchas, a los que vuelven. Para los que vuelven, dice la Ley de Víctimas, hay que garantizar habitabilidad, acceso y mantenimiento. Mejor dicho, que la finca esté de pie, que el Ejército haya dado un certificado de desminado –el Oriente es una de las regiones del país donde más se han presentado accidentes con minas antipersonales, más de 2.500, y en esos accidentes han muerto más de 300 personas– y, además de llegar, los que vuelven requieren dinero para empezar.

En este país la ayuda se demora, llega tarde, y a veces ni llega.

Tres horas y media se demora un bus desde la Terminal del Norte de Medellín hasta San Luis. El pueblo está a unos veinte minutos de la autopista, trepando una cuesta de curvas cerradas por donde bajan arremolinadas cascadas cristalinas en las que cada ocho días se bañan las parejas amorosas y las familias levantan sancochos monumentales que reúnen a hijos, tíos y sobrinos. Apenas bajamos del bus, algunos hombres se lanzan sobre los pasajeros para cargar bultos de mercado que llegan de Medellín.

En Antioquia el parque hace los pueblos y la iglesia hace el parque. Si no hay iglesia, las casas juntitas no son más que un caserío: un corregimiento y, en estas condiciones agrestes, un polvo. La iglesia se levanta imponente en el parque: una falda un poco pronunciada a la que, en los primeros años de la década del 2000, el frente noveno de las FARC llegó para intentar

tumbar el Estado. Tanto fue, que en 2002 el alcalde Hernando Martínez, amenazado, tuvo que salir volado para Medellín con todo su equipo de trabajo; allá se quedó un poco más de cinco meses. La amenaza llegó en un panfleto firmado por las guerrillas en el que anunciaban que si toda la administración municipal no abandonaba el pueblo, sería objetivo militar.

Esto solo puede pasar aquí y en otro país muy parecido: un alcalde amenazado tiene que salir corriendo porque lo van a matar y el pueblo queda en las manos de los alzados en armas, mientras el alcalde atiende los asuntos por teléfono. O se hace el que los atiende porque no hay de otra.

Después de la iglesia se ven tres negocios que hay en la plaza principal donde venden helados y café, y en la mitad hay un billar donde algunos paisanos dejan a esta hora, en el juego, la pereza de los lunes. Al billar llegan cinco hombres, uno de ellos, al que todos le hacen corte y que viste una camiseta esqueleto, pantalón corto a cuadros y unas chanclas de plástico, pide cervezas para todos menos para un niño –un gordito que parece su hijo porque, salvo la barba y la estatura, son idénticos–. Nos miran de reojo mientras se beben la cerveza a pico de botella, y uno de ellos observa con cuidado la cámara de Julio César.

Después de media hora el alcalde de San Luis, Carlos Mario Gómez, célebre con su camisa mango biche, baja de su despacho, se viene lento cruzando el parque, saluda y le responden: “Buenos días, alcalde”. Se sienta y pide un café. No dice cifras, no las recuerda. Y raro. Raro que un alcalde no tenga su espada lista

para punzar: este gobierno ha hecho esto y aquello y vea las cifras que ahí está el respaldo.

Lo que dice el alcalde, que mastica un palillo, es que necesita plata para atender a los retornados que llegan desde 2010 en manada, y sin averiguar cómo está la seguridad o si hay desminado o no, se van directo para sus fincas y las encuentran consumidas por el monte, caídas de tanto abandono, y con eso hacen vida. Y, dice, el presupuesto no le alcanza, porque a pesar de las riquezas de estas tierras la plata es poca, se diluye fácil. Carlos Mario habla y mira al grupillo de hombres que beben cerveza, a los únicos que no saludó cuando llegó.

Hace un par de semanas aparecieron dos cuerpos tirados en las afueras del pueblo –comenta el alcalde–, pero de resto todo ha estado muy tranquilo. Y le pregunto qué resultados arrojó la investigación, por qué los asesinatos, y responde que por el microtráfico.

Microtráfico es el nuevo nombre. De ahí vienen los asesinatos, los descuartizados, los desaparecidos, las guerras entre pandillas, las fronteras invisibles que impiden a los ciudadanos pasar de un barrio a otro en Medellín. Una vez desmovilizados los paramilitares siguieron con el negocio: la coca. Y aquí estamos, cada tanto en Tuluá, un pueblo del Valle del Cauca, aparecen cuerpos sin cabezas, cabezas sin cuerpos, brazos sin cuerpos, cuerpos sin brazos; y lo mismo en el Bajo Cauca antioqueño y en Medellín. Y San Luis tampoco se escapa, porque aquí, en Colombia, el mal se esparce como el aliento, pero lo bueno, cualquier ayuda, cualquier buen hospital, cualquier buen

colegio se pierde en un plano de un arquitecto. Y entonces empieza el ciclo, lo mismo de siempre. Este país que anda y anda y anda pero no tiene adonde llegar.

Con Julio César, después de hablar con el alcalde y preguntar por los retornados, concertamos ir a El Prodigio, el corregimiento más lejano de San Luis. Y solo pensar en el nombre es ya la sorpresa: ¿cómo se puede llamar una ciudad, un pueblo, lo que sea, El Prodigio?